

## 5

# LA NOCHE DE LOS CRISTALES ROTOS

*Antiguo Campo de Concentración de Flossenbürg, Alemania.*

*Lunes, 19 de agosto de 2002.*

Pasadas las nueve de la mañana, los hermanos Bérkowitz abandonaron las comodidades que les ofrecía el hotel Meister Baer de Floss para instalarse en el lujo que envolvía a su prohibitivo *Rolls-Royce Phantom*. Había llegado, por fin, el ansiado día de visitar el lugar que había sido horror y tumba de su padre y que a ellos mismos, indirectamente, les había regalado una vida plagada de obligaciones.

David dio media vuelta a la llave del contacto y el coche comenzó a emitir música, más que ruido, a través de su delicado motor. Mientras se adentraban en un mar de callejuelas estrechas y reviradas, en las que el *Rolls* tenía verdaderos problemas para circular, Simeón manipulaba el compartimento destinado a los cd's. Tras remover unos cuantos, extrajo aquél que le pareció el más apropiado para ese momento y lo puso a funcionar. Era un disco compacto que seguro les iba a imbuir del ambiente que el millonario deseaba; una música que se había convertido en la última década en una de las señas de identidad del Holocausto. Era la oscarizada banda sonora que John Williams había compuesto para la película *La lista de Schindler*, de Steven Spielberg, en 1993.

Salieron del casco antiguo de Floss y, bordeando la misma vía del ferrocarril que más de cincuenta años atrás había sido guía de un arcón siniestro, recorrieron en un abrir y cerrar de ojos los apenas cuatro kilómetros que separaban su residencia del antiguo campo de concentración de Flossenbürg. Entraron en la zona habilitada como aparcamiento y estacionaron su mastodonte inglés junto a un modesto *Volkswagen Golf* de color rojo al que triplicaba en tamaño.

Se apearon y comenzaron a caminar, respirando la pureza de ambiente que ofrecía la zona boscosa que les rodeaba, mientras otros visitantes que habían llegado prácticamente a la vez que ellos hacían su entrada en el *lager* para disfrutar de aquella semana especial y de puertas abiertas. Había llegado el momento tantas veces ansiado.

Simeón se cuadró frente a la reja, con David en un discreto segundo plano, y rezó a Elohim. Leyó el lema de la entrada, *Arbeit macht frei* —El trabajo os hará libres—, que se había convertido por obra y gracia de Theodor Eicke y de Albert Speer en santo y seña de los campos de concentración durante el nazismo, y luego, conteniendo a duras penas la emoción, se giró hacia su hermano con los ojos vidriosos.

—Viaje al pasado. ¿Estás listo?

David asintió con el mentón y miró al cielo bávaro, como queriendo cargarse del aplomo necesario para poder soportar lo que se le venía encima. Se colocó a la altura de Simeón y ambos cruzaron las puertas de la misma manera que habían hecho todo en sus vidas. Juntos.

Ya dentro, decidieron ir por libre de un gentío que no tenía ojos para nada más que aquellos destartalados barracones de madera que habían soportado las miserias de miles de desheredados de la tierra seis décadas atrás. Los hermanos Bérkowitz carecían del estómago suficiente a aquellas horas como para recibir semejante mazazo nada más atravesar la entrada, así que resolvieron que lo más acertado iba a ser dar un paseo sin rumbo fijo por la zona del antiguo patio. Así, durante un buen rato, subieron y bajaron por los tramos de escaleras pavimentadas y leyeron alguna placa conmemorativa que se iban encontrando en el camino, en espera de estar mejor preparados. Después, algo cansados, se

sentaron en el césped a intentar disfrutar de las bondades del clima que agosto traía, pero no lo lograron. Y es que en el lugar se había instalado un asqueroso tufo a muerte durante los años cuarenta del que todavía quedaban rescoldos.

Minutos más tarde se incorporaron ya más relajados, y, de camino a la parte edificada del *lager*, vieron cómo una pareja de turistas señalaba algo a su espalda, con el índice apuntando prácticamente al cielo. Se dieron la vuelta para comprobar qué era lo que tenía a aquellos dos al borde del éxtasis y descubrieron una gigantesca mole rocosa sobre la que volaban unos cuantos buitres y algunas decenas de milanos. Era la pared granítica de la antigua cantera, aquella que había sido la tortura y la aventura de Eyal Bérkowitz, de su inseparable Isaac Rabínowitz y de otros centenares de explotados a lo largo de siete años, y de la que se desgranaban centenares de luceros exagerados por el efecto del sol. Debajo, un laberinto de estrechas veredas que confluían en ella se adivinaba a la sombra de los árboles.

Avanzaron, aún con el alma sobrecogida por la visión de la pétrea pared y dejando de lado los barracones antiguamente ocupados por los oficiales de la *Schutzstaffel*, hasta llegar a una explanada que dividía en dos mitades la parte edificada del *lager*. Allí, los barracones adyacentes, algunos de los destinados a los cautivos, parecían querer tragárselos, proyectando sobre ellos la tenebrosa sombra de lo que un día fueron. No les costó adivinar que se encontraban ante lo que en su tiempo había sido el lugar de llamada y recuento de los prisioneros, y el barracón que quedaba en primer lugar a su izquierda era precisamente el número uno, el que había sido lecho de tortura de su padre durante siete años de infierno.

Lejos de la procesión de visitantes en que se habían convertido los barracones de madera y en los que más de medio siglo atrás se daba rienda suelta a la ignominia y al abuso de poder, aquella plaza estaba casi desértica. De hecho, tan sólo otras dos personas, un hombre y una mujer, que aparentaban una edad tan inconfesable como la suya, compartían con los Bérkowitz el silencio tenso que allí se respiraba. Desde su posición, David advirtió el sollozo de un hombre, y sólo podía provenir del miembro masculino de aquella pareja.

—¿Quieres que nos acerquemos? —sugirió a Simeón.

—Iba a preguntarte lo mismo, hermano —respondió éste, atusándose el bigote—. Hemos venido a recoger testimonios y creo que esa pareja puede tener cosas interesantes que decir.

David empujó sus gruesos lentes hacia el entrecejo y lo miró sorprendido.

—¿Por qué estás tan seguro de ello? El hombre está llorando, pero mucha gente se derrumbaría al visitar un sitio como éste.

—No te falta razón, pero esa pareja tiene que tener su propia tragedia escrita entre estos muros. Se ve a simple vista.

David levantó los hombros y enarcó las cejas, en señal de que seguía sin comprender el razonamiento de su prójimo.

—No entiendo dónde quieres ir a parar.

Simeón los señaló con su bastón.

—Míralos bien. No llevan cámara de fotos.

David no pudo evitar sonreír, a pesar de que el entorno no invitaba lo más mínimo a hacerlo. Nunca se hubiese detenido a diferenciar entre los visitantes a un simple turista de alguien con motivos reales para presentarse en Flossenbürg por ese detalle que Simeón había sabido captar. Pero ahora sí estaba seguro de que su hermano llevaba razón. Siempre la tenía, y cuando no, a menudo se veía obligado a dársela.

—Vayamos —invitó Simeón.

David asintió y ambos fueron acercándose a la pareja, aparentando normalidad e interés por lo que les rodeaba, hasta que estuvieron lo suficientemente cerca de ellos para calibrar por su aspecto exterior si merecía la pena entablar una conversación o no.

Viéndolos llegar, el hombre rebuscó entre sus bolsillos hasta que dio con un pañuelo y se enjugó las lágrimas. Era un individuo de pelo entrecano y anatomía singular, con unas piernas exageradamente arqueadas y un cuerpo enjuto del que colgaban dos brazos consumidos y rematados por unos dedos largos como

sarmientos. El semblante, apergaminado y de color aceituna, escondía una nariz corva y unos labios tan finos como un bisturí, junto a una pareja de ojos verdosos y hundidos que las gafas redondas que portaba trataban de disfrazar.

La dama miró a Simeón e inclinó la cabeza, a modo de saludo y sonriendo, a lo que el mayor de los Bérkowitz correspondió del mismo modo. David se mantenía en un segundo plano, tan mesurado como era frecuente, pero el brillo que esta vez asomaba a sus ojos era excepcional.

Estaba hechizado por aquella desconocida de notable estatura y porte elegante. Lucía un vestido de corte clásico y formas rectilíneas en tonos amarfilados y de su largo cuello pendía graciosamente una gargantilla de oro, rematada con el símbolo del Euro, que descansaba sobre su pecho. Al contrario que el hombre que la acompañaba, era dueña de un rostro maduro y delicado de tez nívea que encerraba unos rasgos de perfectas proporciones, destacando un cabello blanquísimo que en otra vida debió ser rubio y que llevaba recogido en un sobrio tocado. Sus ojos eran de un azul tan intenso como el cielo que contemplaban.

Simeón decidió que había llegado el momento de hacer uso de su idioma paterno, el alemán que Eyal Bérkowitz se había esmerado en hacerles aprender de niños y que habían tratado de pulir durante el resto de sus azarosas vidas.

—*Guten morgen*. Es difícil controlar las emociones en un sitio como éste —saludó—. Sobre todo si ha formado parte de la vida de uno.

La mujer, más entera, pareció asentir con un leve gesto, mientras que el hombre guardó su pañuelo en el bolsillo y dejó asomar una expresión que sugería que se había repuesto del sofoco.

—Mi nombre es Simeón, y él es mi hermano David—se presentó, tendiéndoles la mano a ambos. David lo imitó.

—Lina Krauss, encantada.

—Su hermano Leni, un placer.

Simeón trató de excusarse, en previsión de que hubiesen ido demasiado lejos al dirigirse a una pareja de desconocidos de manera tan directa.

—Disculpen si somos en exceso atrevidos, pero hemos llegado hasta aquí buscando respuestas a hechos del pasado y... bueno, nos dio la sensación de que ustedes también han venido a citarse con la historia.

—¿Qué les hace pensar eso? —preguntó Leni.

—No llevan cámara de fotos —respondió inmediatamente David desde su posición en segundo término.

Lina rio con ganas y su rostro rejuveneció de un plumazo, mostrando bien a las claras que en otra época debió ser realmente bella. David se puso tan hueco que hasta se ruborizó.

—Inteligente observación... y acertada, por otra parte. Leni sufrió este infierno durante seis largos años.

Simeón palideció.

—Usted, señor Krauss... ¿Estuvo aquí prisionero? —preguntó sin poder creerlo, viendo la edad que aparentaba el hombre.

Leni se puso tenso, aunque sin llegar a emocionarse. Tenía la mirada perdida más allá de la chimenea del crematorio, que asomaba al fondo de los barracones y fuera de los límites del KZ-Flossenbürg. Al final, se arrancó a hablar.

—Llegué a este abismo en los albores del verano del 39, junto a mi padre, un honrado anticuario llamado Volker Krauss, que en gloria esté. Yo apenas tenía siete años y mucha inocencia. Logré sobrevivir, y cuando los norteamericanos liberaron el *lager* ya era un preadolescente que se marchaba de Flossenbürg con menos peso del que llegó.

—Y en su hogar, ¿cómo se vivió el drama de ver que el cabeza de familia y el niño de la casa se encaminaban hacia una muerte casi segura? —inquirió David, dirigiéndose a la mujer.

Ella suspiró, tragó saliva y dirigió al cielo una mirada evocadora. Cuando se hubo repuesto, contestó.

—No hubo ningún drama en mi casa porque no quedó nadie entre sus paredes para llorarles.

Simeón intervino, extrañado.

—¿Huyeron, quizá refugiándose con algunos familiares?

Lina volvió a tomarse su tiempo antes de contestar. Mostraba un semblante hierático y su tono de voz adquirió entonces una gravedad que no parecía surgir de su interior.

—Mi madre y yo sufrimos la misma tortura en Ravensbrück. En las fechas en las que ingresamos yo tenía diez años.

—¿Ravensbrück? —repitió David—. ¿Otro *lager*?

Leni asintió con un movimiento de cabeza, pero fue su hermana la que contestó. La solemnidad de su expresión se resistía a abandonarla.

—Fue el primer gran campo de concentración femenino construido por el Tercer *Reich*. Se encontraba cerca de Fürstenberg, a noventa kilómetros al norte de Berlín. De hecho, al igual que éste, su Memorial permanece en pie hoy en día.

—Una familia entera apresada suena a cacería de la *Schutzstaffel*... —se aventuró el mayor de los Bérkowitz.

Los hermanos Krauss lo admitieron al unísono, antes de barrer con la mirada el lugar en el que se encontraban, en un movimiento mimético que sorprendió a sus interlocutores.

—El nuestro fue un drama familiar de proporciones desmesuradas. Y no sólo eso —añadió Lina—. La historia nos sigue persiguiendo. A fecha de hoy todavía no hemos conseguido resolver un enigma que nació el mismo día del arresto de todo el clan Krauss.

—Amamos los rompecabezas —reconoció Simeón—. Si pudiéramos ayudarles en algo...

—Por mi parte, estaría encantada... —luego, se giró hacia su hermano, que también dio el visto bueno con un gesto—. Pero, para llegar a ese punto, Leni y yo deberíamos empezar a contarles nuestra historia desde el principio, así que, si no tienen inconveniente...

El mayor de los Bérkowitz vio entonces el cielo abierto.

—En absoluto. Tenemos toda una semana por delante y el tiempo parece que va a acompañar.

—Entonces será mejor que nos lleguemos hasta aquel banco y nos sentemos —propuso Lina Krauss—. Me temo que la historia puede ir para largo. Sólo les advierto una cosa. Vamos a contar los hechos con unos detalles y unos diálogos que quizás no se ajusten exactamente al modo en que se produjeron, pero, en cualquier caso, en nada cambiarán el sentido y el significado de lo que les vamos a narrar. Esperamos que lo entiendan.

—Lo comprendemos perfectamente —sonrió Simeón.

Los cuatro septuagenarios se acercaron hasta un solitario banco de madera que no podía disimular el paso del tiempo y tomaron asiento. Los Krauss lo hicieron en el centro y los Bérkowitz ocuparon las esquinas, expectantes. Entonces, Lina tomó aire, alzó la barbilla hacia ese cielo que fundía la mirada y comenzó su relato.

\*\*\*

«Bien, empezaré diciendo que nuestra negra relación con el horror nazi comenzó la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, pero, en realidad, para poder llegar a comprender todo lo que sucedió en esa fecha, deberíamos remontarnos a dos días atrás y muy lejos de Berlín, al 7 de noviembre en París.

Aquel día, el secretario de la embajada alemana en la capital francesa, Ernst von Rath, recibió tres disparos a bocajarro de manos de Herschel Grynzspan, un judío polaco residente en Alemania, que se encontraba temporalmente en París viviendo con su tío, y que se rebeló de esa forma por la política antisemita llevada a cabo por Hitler, la cual había terminado con la deportación de sus padres a Polonia.

El comienzo de aquel año fue especialmente dramático para la población judía. La cadena de atropellos se inició con el requisamiento del pasaporte a todo judío alemán, continuó con la obligación de registrar todas sus posesiones y concluyó con la prohibición de ejercer determinadas profesiones, tales como la medicina, que tanto prestigio habían otorgado al pueblo judío a través de los siglos.

En agosto, las autoridades nazis anunciaron que todo judío que, aun habiendo nacido en Alemania, tuviese ascendientes extranjeros, estaría obligado a renovar un permiso de residencia que luego se le negaba. Aquello provocó un gran destierro. Polonia se negó a admitir a judíos polacos en su territorio y así miles de ellos quedaron atrapados



en la frontera durante semanas, pasando frío, soportando la lluvia y sin apenas nada que llevarse a la boca. Al final, y tras arduas negociaciones, el gobierno de Rydz-Smigly terminó por admitir a cuatro mil personas, mientras el resto, unas trece mil, eran conducidas a campos de concentración como éste, o peores.

El 3 de noviembre, Herschel Grynzpan recibe una postal remitida por su hermana Berta, en la que ésta le relata la desesperada situación que se está viviendo en la frontera y en la que termina confesándole que se prevé un final dramático e inminente.

Cuatro días después, el joven Herschel compra un revólver con munición, escribe una carta a sus padres pidiéndoles perdón por lo que va a hacer y reclama una cita en la embajada. Una vez allí, es conducido por un funcionario a la oficina de Von Rath y, frente a él, le descerraja tres balas en el abdomen, dejándolo malherido, y se entrega a las autoridades francesas tras confesar ser el autor de los disparos.

Al día siguiente, el 8 de noviembre, el gobierno alemán ordena clausurar todas las revistas y periódicos judíos, se suspenden todas sus actividades culturales y se prohíbe a sus niños asistir a la escuela, pero es el día 9 cuando la represalia llega a sus últimas consecuencias. Ernst von Rath muere y el hecho se utiliza como excusa para desatar la persecución en las calles.

Experto en ardidés de tal calibre y que le sirvieron, baste como ejemplo, para ganar unas elecciones, el Ministerio de Propaganda presentó los hechos como una revuelta ciudadana espontánea y justificada por parte de los alemanes arios contra el pueblo que, según ellos, los había conducido a la ruina tras la Gran Guerra.

Nada más lejos de la realidad. Hoy es bien sabido que dichos pogromos fueron ordenados desde la cancillería del *Reich*, con el propio Adolf Hitler a la cabeza, organizados por Joseph Goebbels y cometidos por miembros de los *Camisas Pardas* de las *SA*, oficiales de las *SS* y afiliados a las *Juventudes Hitlerianas*, contando además con el apoyo del *SD* y de la *Gestapo*».

\*\*\*

—Entonces, ¿todo el aparato policial del *Reich* estuvo implicado en aquellos hechos? —la interrumpió Simeón.

—Absolutamente todos —aseguró Lina—. De hecho podría afirmarse que fue la última operación conjunta de todas las fuerzas de seguridad del régimen, puesto que las *SA* no volvieron a actuar con tal violencia hasta su disolución.

—Yo tenía entendido que se habían disuelto en el 34, tras la caída de su líder, Ernst Röhm —intervino David.

—No va desencaminado. Tras esa fecha dejó de existir como organización autónoma y pasó a integrarse en las *SS*, junto al *SD* y la *Gestapo* —especificó

Lina, ante el regocijo del menor de los Bérkowitz—. Los *Camisas Pardas* no eran bien vistos entre los miembros del resto de fuerzas de seguridad por su origen proletario o delictivo, chocando especialmente con la burguesía que predominaba en la *Gestapo*. Además, participaban en manifestaciones anticapitalistas. Eso era algo que el *NSDAP* detestaba. Si le añadimos que tanto la *Gestapo* como el *SD* estaban gobernados por Reinhard Heydrich, el hombre más temido entre la oficialidad nazi...

—Pero a la hora de ejercer el terror se olvidaban las diferencias... —apuntó Simeón—. Siempre me he preguntado si no se pisaban el terreno unos a otros.

—La estricta organización y el cumplimiento de las órdenes del *Führer* estaban por encima de todo —aclaró Lina—. Si tuviésemos que definir con una palabra a un elemento de cada cuerpo, el de las *SA* sería el vándalo, el del *SD* sería el espía y el de la *Gestapo* sería el asesino silencioso.

—Curiosa forma de verlo —sonrió David—. Habla usted como una verdadera experta en la materia.

—No, ni mucho menos. Lo poco que sé lo he ido aprendiendo a lo largo de muchos años. En aquella época yo era una niña y no me preocupaban estas cosas, pero se agradece el cumplido —remató con un gesto que a David le pareció sublime.

Simeón estaba ansioso por seguir escuchando el relato de la señora Krauss y se lo hizo saber.

—Perdone que la hayamos interrumpido, pero hemos vivido muchos años fuera de Alemania y nuestra ignorancia es supina en este tema. Trataremos de no volver a molestarla.

—No se preocupe, Simeón. Cualquier duda que tengan estaré encantada de resolvérsela en la medida de lo posible.

Lina cambió el rictus, cerró los ojos y continuó visualizando en su memoria los hechos acaecidos en aquella infausta jornada.

\*\*\*

«La tarde noche en nuestro hogar de *Unter den Linden*, la principal avenida de Berlín, era una de tantas otras aquel 9 de noviembre de 1938. Como cada día al llegar

del colegio, Leni y yo entramos primero en la tienda de antigüedades de nuestro padre, un negocio que abarcaba ya varias generaciones y que era el sustento de la familia. Estaba situada en el local que quedaba bajo nuestro piso, y lo primero que uno recibía al atravesar sus puertas era ese penetrante aroma a madera vieja y a cobre bruñido.

Papá estaba atendiendo a unos clientes, así que me quedé un rato paseando entre las estanterías y escuchando el crujir de la tarima bajo mis pies. Lo hacía a diario, pues era un sonido que me encantaba. Me hacía sentir que estaba a bordo de uno de esos viejos galeones españoles y a menudo soñaba que la tienda iba a empezar a moverse, surcando los mares en busca de una tierra desconocida.

Leni, por su parte, se había soltado de mi mano y había corrido directamente hacia la sección de novedades, que estaba estratégicamente situada en el lugar más visible y llamativo de la tienda. Era su ritual cotidiano: sentarse en el suelo, mirar hacia arriba y admirar los artículos que se habían recibido a primera hora de la mañana.

Los clientes salieron con su compra y observé a mi padre contar un buen fajo de marcos antes de introducirlos en el cajón. Su rostro, habitualmente cuadriculado, y sus ojos azules y chispeantes traslucían la satisfacción por el negocio bien hecho.

—¿Qué tal en la escuela? —me preguntó, sin levantar la vista de los billetes, y mientras deslizaba sus eternos dedos a través de ellos—. ¿Hay alguna novedad que tengas que contarle a tu padre?

—Un poco contrariada porque no nos han dado las calificaciones del ejercicio de la semana pasada —dije con un mohín—. Pero estoy segura de que mi nota va a ser la mejor de la clase.

Mi padre guardó el dinero en el cajón, se acercó a mí, me besó en la frente y después me revolvió el pelo con ambas manos. Yo sonreí ante lo que ya se había convertido en un saludo tan mecánico como divertido.

—Entonces, no hay novedades. Esta semana mi princesita volverá a ser la primera de la clase.

Mi padre esbozó una sonrisa amarfilada por el tabaco y yo no pude evitar ruborizarme ante sus palabras.

—En realidad sí que podría haber novedades...

—¿Dónde quieres llegar, jovencita? —inquirió papá—. Me da miedo ese tono que empleas a veces.

—La señorita Reuter nos avisó de que tuviésemos cuidado de regreso a casa. Según ella se avecinan movimientos violentos en las calles, aunque ni Leni ni yo hemos visto nada extraño, al menos en el tramo de la escuela hasta aquí.

—*Fräulein* Reuter es una gran profesora, pero es demasiado mayor y está demasiado sola, Lina. Seguro que ve un huracán donde únicamente hay brisa.

Yo me quedé tranquila. *Fräulein* Reuter podía ser una mujer muy lista, pero mi padre era mi padre y lo que decía iba a misa. Llamé a Leni con un silbido y apareció en cuestión de segundos. Papá no daba crédito.

—¿Llamas a tu hermano como a un vulgar chucho, jovencita?

—Mi amiga Helga me enseñó a hacerlo —reí—. Es muy divertido, sobre todo cuando alguien hace caso de tu llamada.

—¿Y tú consientes que te traten como a un animal? —preguntó, volviéndose con rostro serio hacia Leni—. Por cierto, ¿dónde te habías escondido? No te he visto ni entrar.

—Estaba sentado en el suelo, viendo las novedades. ¡Hay una tetera de latón que me encanta, papá!

—¿No la habrás tocado? —le regañó mi padre—. No es de latón, es de oro.

El rostro de Leni se ensombreció. Parecía que iba a ponerse a hacer pucheros de un momento a otro, pero, finalmente, sacó el orgullo y consiguió replicar a papá.

—Sabes que nunca toco nada —se defendió malhumorado—. ¿Por qué esta vez iba a ser diferente?

Papá se ablandó y, poniéndose en cuclillas frente a Leni, le dio un beso en la mejilla.

—Lo sé, hijo. Eres un muchachito tan responsable para tu edad que a veces se me olvida. Perdóname, estoy un poco nervioso.

—¿Qué pasa, papá? —pregunté yo, viendo en su glacial rostro más preocupación que nerviosismo.

Aquella fue la única vez en mi vida que vi la barbilla de Volker Krauss temblando sin control.

—Es por Nadine —dijo, tras tomarse su tiempo—. Hace rato que debería haber llegado.

Nadine Klein era una chica de veintidós años que llevaba unos meses trabajando en la tienda de antigüedades y que había demostrado sobradamente su eficiencia. Tenía una altura notable y unas espaldas lo suficientemente anchas como para no parecer demasiado masculinas. Solía llevar el pelo recogido, rojo como el cobre, que ponía marco a una tez salpicada de graciosas pecas. Pero lo que más destacaba de ella eran unos ojos grandes y almendrados que apuntaban la decisión que yo aspiraba conseguir algún día. Era, además, culta y con estudios, pero, como tantos otros jóvenes de la época, había tenido que buscarse las castañas en la capital y fuera del ámbito para el que se había preparado. En su casa de Hamburgo, el hambre había llegado para quedarse, y su padre, un tullido de la Primera Guerra Mundial, no podía sostener a la familia.

—No te preocupes, seguro que llegará antes de lo que tú esperas —apunté, tratando de tranquilizar a mi padre.

—Nunca se retrasa —me replicó apesadumbrado—. ¡Y tenía que ser precisamente hoy!

—¿Qué hay de particular? —intervino Leni.

Mi padre tragó saliva y deslizó una mano a través de su rubia cabellera. Siempre me gustó el corte de pelo que llevaba. Era una mezcla entre el que lucían los miembros de las *Juventudes Hitlerianas* y el del actor Mickey Rooney cuando era cadete. Su mirada, en esta ocasión, desvelaba unos ojos inyectados en sangre.

—Ha ido a recoger un encargo, una mercancía valiosísima para la tienda. Eso es lo que me preocupa.

—¡Guaaau! ¿Qué es? —pregunté, con verdadera curiosidad.

—Es una joya del periodo de los zares. Fue expoliada por los bolcheviques durante la Revolución Rusa y he conseguido adquirirla en el mercado negro tras mucho esfuerzo.

—¿Qué es el mercado negro? —Leni siempre lo preguntaba todo—. ¡En Berlín no hay negros!

El comentario hizo sonreír a papá tan abiertamente que pareció olvidar sus desvelos por un momento.

—Déjalo, hijo. Eres demasiado pequeño todavía como para estar al corriente de determinadas cosas.

—No pensarás que Nadine ha escapado con la reliquia, ¿verdad, papá? —insinué, mientras Leni ponía cara de circunstancias ante la evasiva respuesta de su padre.

—Por supuesto que no, Lina. Pondría la mano en el fuego por ella. Lo que me preocupa es que haya podido ser asaltada por algún asocial, o peor aún, ¡por algún comunista reclamando lo que consideraría suyo! —remató, con las venas de las sienes a punto de reventar.

—No creo que los comunistas sean la mayor amenaza para este país —le repliqué. Siempre me atrevía a hacerlo—. *Fräulein* Reuter dice que el verdadero terror viste de uniforme y lleva el emblema rúnico de las SS. Y yo la creo.

—¡Lo que me faltaba por oír! Esa señorita Reuter va a terminar muy mal. No entiendo cómo se atreve a hablar así delante de niños de diez años y entre los que se pueden encontrar hijos de oficiales de la *Schutzstaffel*.

—Ves, papá. Tú mismo le estás dando la razón a *fräulein* Reuter. No se puede abrir la boca sin sentir a tu espalda las alargadas sombras de los coches negros.

Mi padre resopló y me lanzó una mirada salpicada de indignación y de admiración a partes iguales. Mi madurez y mi agilidad mental siempre le tuvieron un poco sobrepasado, pero nunca albergué dudas sobre su amor hacia mí, aun cuando le replicaba a menudo y rebatía sus ideas, casi siempre afines al régimen.

—Venga, dejémoslo ya y subid a casa —sentenció—. Mamá hace ya un buen rato que se fue a preparar la cena. Yo voy a esperar diez o quince minutos por si llegara Nadine.

No pude aguantarme el apretar los puños, sintiéndome vencedora de la batalla dialéctica librada contra el gran Volker Krauss. Siempre recordaré haber ganado ese pulso porque fue el último que mantuve frente al hombre que más admiré en toda mi vida. Mi padre.

—¡Adiós, papá! —chilló Leni.

Salió corriendo hacia la trastienda y en pocos segundos su pequeña figura se perdió por la salida interior que comunicaba con la escalera que subía a nuestro apartamento.

Mi padre se agachó, me besó en la frente y me revolvió el pelo una vez más.

—Nos vemos enseguida, hija. Te quiero.

—Yo también te quiero, papá —correspondí, antes de salir corriendo tras los pasos de mi hermano—. ¡Espérame, Leni!

Logré alcanzarlo junto a la puerta de casa, después de haber subido los dos tramos de escalera a la pata coja y con el bolso de la escuela como pesado lastre. Me gustaba ese ejercicio diario porque me abría el apetito y además cumplía con los deseos de mamá, que a menudo decía que la comida no estaba para desperdiciarla.

—¿Has llamado?

Sin tiempo a que Leni contestase, la puerta se abrió y la expresiva sonrisa de mamá nos dio la bienvenida.

—Hola, chicos. ¡Cuánto habéis tardado!

Yo me abracé a su estrecha cintura, impregnándome del fuerte olor a naftalina que destilaba su ropa. Leni entró corriendo y sin contestar, en busca de su pelota. A veces daba la sensación de que la quería más que a su propia madre.

—Hola, mamá. Estábamos con papá en la tienda. Dice que subirá pronto. Está esperando a Nadine —solté, casi de carrerilla.

Mi madre también parecía preocupada.

—¿Aún no ha vuelto?

Yo me encogí de hombros y la miré. Siempre me cautivó de ella que pese a no tener unos ojos llamativos, ni una boca especialmente sensual, ni la piel tan blanca como demandaban los cánones de belleza de la época, ni una nariz recta y definida, sino más bien corva y algo torcida, su rostro transmitía un atractivo difícil de superar.

—Pon la mesa, cariño —me pidió—. La sopa está casi a punto. Coloca cinco servicios. Nadine se quedará a cenar... si es que consigue llegar a tiempo.

Se fue con su gracioso caminar hacia la cocina y yo cogí el mantel que estaba doblado sobre la mesa para extenderlo. Amagué con pedirle a Leni que me ayudase,

pero finalmente me abstuve de hacerlo porque ya andaba correteando tras esa pelota de cuero basto y con cremallera que se había convertido en una extensión de su pie.

Saqué la vajilla de porcelana y los cubiertos de la alacena que daba lustre al comedor y cuando los estaba colocando apareció papá.

—¿Ya ha llegado Nadine? —pregunté.

—Todavía no, pero no puedo esperarla más o la cena se enfriará. Además, tiene llave de la tienda, así que por esa parte no hay problema. Ella sabe dónde se guarda la mercancía más valiosa.

Me quedé un momento observándolo, refrendando que su gesto de preocupación no había remitido. Se sentó en la butaca que había hecho suya, cruzó las piernas, se preparó su pipa y comenzó a hojear el *Völkischer Beobachter*, el periódico marca del partido nazi. Mamá me reclamó entonces desde la cocina.

—¡Lina, ven a coger la sopera!

Partí rauda hacia allí y, para cuando volví, Leni me había sacado todas las sillas de su sitio, las había dispuesto en línea y andaba driblándolas con su pelota. Tras el último regate, chutó y me golpeó en la pierna, haciéndome trastabillar. Fue un milagro que el caldo no se derramase por el suelo.

—¡Aaay! ¡Leni, eres tonto! ¡Casi me haces caer!

—¡Gooool del Hertha Berlín! —coreó él, como si nada.

Papá seguía a lo suyo, y mamá, al escuchar el estrépito, apareció desde la cocina.

—Hola, Volker, querido. No te he oído llegar.

—Kelila, mi amor, acabo de subir. Nadine todavía no ha vuelto... —la saludó con la resignación dibujada en su acerado semblante.

—Bueno, no nos preocupemos más de lo debido —atajó mi madre.

Después, se volvió hacia nosotros con cara de pocos amigos.

—¿Qué es lo que sucede con vosotros, niños?

—¡Leni me ha dado un pelotazo y casi me tira al suelo con sopera y todo! —me quejé.

—¡Me estoy preparando para cuando llegue el día de fichar por el Hertha! ¡Es la ilusión de todos los niños de Berlín! —replicó Leni.

Mi madre, brazos en jarras, nos escrutó a los dos.

—Venga, dejaos de tonterías y a cenar. Tú, Lina, sirve la sopa. Tú, Leni, haz el favor de guardar la pelota y coloca las sillas como estaban.

Después, se volvió hacia mi padre, que continuaba absorto en la lectura de la prensa.

—Y tú, querido Volker, más te valdría quitarle a tu hijo esa maldita idea de jugar algún día en el Hertha...

Papá levantó la vista del periódico, se quitó la pipa de los labios y sonrió a su esposa.

—¿Qué hay de malo en que el chico quiera jugar en el Hertha algún día, querida?

—¿Que qué hay de malo? —mi madre parecía verdaderamente dolida—. Es el equipo del régimen, Volker. Lo sabes perfectamente. La práctica totalidad de la junta directiva pertenece al *NSDAP*.

—Es sólo un club de fútbol, Kelila. ¡No exageres!

—¿Que no exagere? El presidente, ese Hans Pfeiffer, es un estrecho colaborador de Hitler, y fue el mismísimo *Führer* quien lo colocó en el puesto para que extendiera el ideal ario entre los aficionados del equipo. ¡Odan a los judíos, Volker! Y tu hijo, lo quieras o no, es medio judío. ¡Explícame cómo va a jugar algún día en el Hertha!

Mi padre soltó una carcajada tan sonora que su eco se reverberó por toda la habitación, hecho que todavía hizo enfadar más a mamá. El rostro de ésta se mostraba avinagrado hasta lo desagradable. Pasados unos segundos, continuó hablando. Su tono era entonces más pausado, pero continuaba denotando una gran trascendencia.

—Estás casado con una judía, Volker Krauss, y tus hijos son judíos al cincuenta por ciento. Aunque no estén educados bajo la ley hebrea ni abracen su religión, sus raíces no se pueden cambiar. No sé si eres realmente consciente de lo que está sucediendo en estos últimos meses. El acoso es demencial y... no te había comentado nada hasta ahora, pero... tengo miedo.

—No tenéis por qué preocuparos —replicó papá, poniéndose en pie y cerrando el *Völkischer Beobachter*—. A pesar de que nunca he estado afiliado al *NSDAP*, de sobra conocéis que tengo buenas amistades y mejores contactos dentro de las altas esferas del partido en Berlín.

Abrazó a mamá y besó su espesa cabellera morena. Leni y yo contemplábamos la secuencia con expectación, mientras el humo que se escapaba de la pipa de papá se extendía hacia el techo como una gran serpiente azulada. Después, decidió atajar la discusión.

—Sentémonos a cenar, por favor. Todo esto carece de sentido. Lo único que me turba es lo de Nadine.

Nos sentamos a la mesa al abrigo de una calma tensa, en la que el ruido de las cucharas sobre la porcelana y algún sorbo de caldo rayando en la mala educación por parte de mi hermano eran lo único que se escuchaba. Fuera de eso, el sonido de nuestro mutismo era estremecedor.

Todos estaban concentrados en las ondas que se mecían en sus platos excepto yo, que tenía una manía casi enfermiza por observarlo todo. Papá sólo parecía pensar en



Nadine y su reliquia zarista, mamá tenía dibujada la amargura en la cara por la displicencia con que la había tratado su marido, y Leni, qué decir de Leni, su media sonrisa destilaba fútbol como si no existiese otra cosa en el mundo.

Fue entonces cuando se escuchó descorrerse la verja de la tienda y todos dejamos de comer como si un miembro de la *Gestapo* nos hubiese puesto una pistola en la sien. Mi padre emitió un suspiro de alivio.

Nadine había vuelto».

\*\*\*

—Supongo que entonces la normalidad volvería a la mesa —la interrumpió Simeón, revolviéndose sobre el asiento con el fin de hacer trabajar un poco a sus anquilosados huesos.

—Volvió, pero esa tranquilidad no duró mucho —respondió Lina Krauss con un gesto de hastío—. Permítame continuar —pidió después—. Lo que les voy a narrar ahora no pude vivirlo en primera persona, así que la situación que paso a relatarles no guardará la exactitud deseada. De todas formas, algo similar fue lo que debió suceder.

—Adelante —la invitó David Bérkowitz.

Lina se retrepó en el banco, estiró sus ropas y continuó con la historia después de humedecerse los labios. Un sol de justicia campaba a sus anchas a esas horas por el limpio mediodía del Alto Palatinado de Baviera.

\*\*\*

«Nadine Klein llegó a las puertas de *Krauss und Gershon Antiquitätengeschäft* con el corazón martilleándole el pecho y una agitación interior desconocida para ella, y el hecho de encontrarse las verjas cerradas a cal y canto no hizo sino acrecentar su angustia.

Después de lanzar miradas nerviosas a derecha e izquierda, hurgó con impaciencia en los bolsillos de su abrigo hasta que dio con el manajo de llaves. Era digno de un sereno, pero, después de mucho rebuscar, consiguió extraer las de la tienda y se dispuso a abrir con tal temblor en sus manos que no encontraba el modo de introducir la llave en la primera cerradura. Y eran tres. La iluminación era estoica, y el frío reinante le estaba dejando los dedos en un estado que parecían ir a quebrarse como sarmientos de un instante a otro.

Cuando consiguió desentrañar la tercera de las cerraduras, la que daba el acceso directo a la tienda, desvió la mirada hacia su izquierda y contempló con horror cómo varias unidades de los temibles *Camisas Pardas* doblaban la esquina de la intersección de *Unter den Linden* con *Wilhelmstrasse*. Portaban hachas, barras de hierro y amenazadoras antor-

chas, e incluso algunos echaban mano de trozos del mobiliario urbano para sembrar el terror a su paso.

Cerró la puerta tras de sí y, a oscuras, corrió hacia el interior, muerta de miedo. Pasó, con sumo cuidado de no tropezar, al interior del almacén velado en sombras y se escondió tras una estantería, al abrigo de una posible amenaza y deseando con todas sus fuerzas que aquella pesadilla terminase cuanto antes. Allí, hecha un ovillo para mitigar el frío y atemperar su cuerpo, las imágenes de lo vivido minutos antes regresaron a su cabeza.

El camino de vuelta, con el encargo de su jefe escondido bajo el forro del abrigo, le había costado numerosas miradas atrás, varias carreras y algún que otro traspié que la había hecho besar los adoquines en más de una ocasión de tanto caminar con la vista puesta en lo que la rodeaba.

La capital se veía envuelta en un caos total, donde centenares de escaparates de negocios regentados por judíos estaban siendo salvajemente asaltados por grupos de la *Sturmabteilung* y de la *Schutzstaffel*. Además, una gran cantidad de sinagogas ardían tétricamente, envueltas en siniestros fantasmas de fuego que lanzaban espesas columnas de humo gris, provocando una densa neblina sobre la noche berlinesa.

Había contemplado con estupefacción cómo las fuerzas de seguridad del *Reich* detenían, cuando no agredían, a todo aquél con rasgos o vestimentas hebreas, así como a otros viandantes alemanes que habían acudido en su auxilio. Esos acontecimientos le habían traído inevitablemente a la mente el rostro de Kelila, la esposa judía del hombre que le pagaba.

Un estruendo de golpes metálicos, abrazado al sonido agudo de los cristales al romperse, la sacó por las malas de sus pensamientos. Luego, se oyó una fuerte patada en la puerta y un sablazo de luz alcanzó el lugar donde ella se encontraba, dejando a la vista algunas esquirlas que habían llegado despedidas hasta su posición.

Se acurrucó aún más, hasta el punto de comenzar a dolerle todos los huesos, y escuchó el vocerío ensordecedor de varios individuos que habían accedido al local. Lanzaban al aire bravatas nacionalsocialistas mezcladas con improperios inclasificables contra el pueblo hebreo y, por sus deleznales modales, dedujo que se trataba de miembros de las SA.

De pronto, el haz de luz proveniente de una linterna lo iluminó todo y una voz tan áspera como profunda hizo callar a los asaltantes.

—¡Salid de aquí ahora mismo! —bramó el recién llegado—. ¡¿Quién os ha ordenado atentar contra este negocio?! ¡Esta tienda no se saquea, pertenece a un buen alemán! ¡¡Fuera, he dicho!!

Los *Sturmabteilung* cesaron en sus gritos y salieron del local escachando los cristales caídos bajo sus botas. Habían perdido una pequeña batalla contra aquel arrogante oficial de las SS, pero sus depredadoras miradas continuaban tan aceradas como antes del 34 y ávidas por encontrar más carnaza en el exterior.

Nadine se echó las manos a la boca para tratar de ahogar el aullido que amenazaba con echar su joven existencia por tierra y lo consiguió, no sin esfuerzo. La embargaba un sentimiento contradictorio de respiro por la huida de los *Camisas Pardas* entremezclado con el desasosiego que le producía el encontrarse a solas con aquel oficial que los había puesto en desbandada. Pero lo peor no era eso. Lo peor era que creía haber reconocido esa voz. Una voz que había escuchado en varias ocasiones allí mismo, en *Krauss und Gershon Antiquitätengeschäft*, departiendo amigablemente con *herr* Volker.

Vio como la luz del foco se expandía sobre el almacén. Era una señal inequívoca de que el individuo se estaba acercando hacia ella y el ruido de cristales pisoteados cada vez más cercano no hacía sino confirmarlo. Segundos después, la luminosidad en la estancia se hizo patente y los pasos del oficial se detuvieron. Tras unos momentos angustiosos para la chica, el oficial de la *Schutzstaffel* realizó un barrido con la linterna que no le permitió descubrir nada reseñable. Luego, se dio media vuelta y salió de la tienda a paso ligero.

Nadine Klein, al borde de un ataque de nervios, estiró las piernas y los brazos y respiró con profundidad. Había visto confirmadas todas sus sospechas al observar el perfil del SS desde su privilegiada posición. Su estampa era atlética y tenía una estatura notable, pero lo que más destacaba de su anatomía era su rostro. Ese parche de cuero negro sobre el ojo izquierdo, esa enorme cicatriz que recorría de norte a sur su mejilla siniestra y esa cabeza afeitada al cero bajo la visera tenían un dueño que ella conocía bien.

Era el *SS-Sturmbannführer* Friedrich Köpff».

\*\*\*

—No está nada mal la historia que nos ha contado para no haberla vivido —intervino David Bérkowitz, sonriendo.

—Como dice Follett de sus novelas; *los hechos que aquí se cuentan quizás no acaecieron exactamente así, pero pudieron suceder* —replicó Lina Krauss, también con una sonrisa.

David seguía hipnotizado por el magnetismo que le irradiaba aquella mujer.

—Dejémosla continuar, hermano —concluyó Simeón.

Lina prosiguió.

\*\*\*

«Pasaron tres minutos, a lo sumo, desde que oímos descorrerse las verjas hasta que escuchamos el estruendo de la rotura de los escaparates. Mi padre se levantó de la mesa como un resorte, apartó la cortina lo justo para introducir la cabeza y miró a la calle. Un minuto más tarde, volvió a sentarse sin articular palabra. No hacía falta. La lividez en su semblante le delataba. Tuvo que ser Leni, con toda su inocencia, quien

preguntase. Mi madre no quería volver al tema de la persecución contra los judíos y que ya había entregado como una batalla perdida, y yo no deseaba tampoco tener que recordarle a papá el comentario que nos había hecho *fräulein* Reuter en la escuela.

—¿Qué ha pasado, papá?

—Nada, hijo —respondió mi padre con displicencia—. Tómate la sopa. Se va a enfriar.

—Y Nadine... ¿Estará bien? —me atreví a preguntar, una vez que Leni había desatado las hostilidades en vano.

Papá posó la cuchara sobre el plato y me miró a los ojos, consciente de que había atinado con su desvelo.

—Eso espero, hija. Eso espero.

Fue todo lo que alcanzó a decir. Tras esa escueta respuesta llegaron otros diez o quince minutos de mutismo absoluto, en los que el tic-tac del carillón apagaba incluso el tintineo de las cucharas. El silencio se podía sajar con una pluma. Entonces, llamaron a la puerta. Tres aldabonazos tan secos como inquietantes por su cadencia.

Mi padre se levantó, abrió la puerta y se encontró frente a frente con cinco miembros de la *Schutzstaffel*. Fue el que parecía estar al mando quien habló. Conocía a papá y yo también tenía algún vago recuerdo de haberlo visto por la tienda.

—Volker —saludó, extendiendo el ademán nazi.

Sus cuatro subordinados lo imitaron.

—Mayor Köpff —correspondió mi padre, en parte aliviado por encontrarse ante un rostro conocido y en parte indignado ante el pensamiento de que Friedrich Köpff hubiese ordenado el allanamiento de su negocio.

Mi madre aguardaba tensa en un segundo plano, conmigo agarrada a sus faldas y mirando al suelo. Leni había salido corriendo con su pelota nada más ver el parche negro y la vieja cicatriz del oficial.

—No traigo buenas noticias, Volker —comenzó Köpff—. Tu tienda ha sido asaltada cuando no se habían recibido órdenes para ello. Unas cuantas unidades descontroladas de las SA se han extralimitado y la han atacado. Son la escoria de las Fuerzas de Seguridad y, en mi opinión, deberían haber sido extinguidas tras la Noche de los Cuchillos Largos, pero ya no hay remedio.

—¡Por Dios, Friedrich, tú me conoces! ¿Acaso he manchado en alguna ocasión el buen nombre del *Reich*? —tronó mi padre, con el rostro contraído y los ojos inyectados en sangre.

—Ya te he dicho que ha sido un error —respondió el mayor Köpff, con el rictus imperturbable—. Por fortuna, logré llegar antes de que el asunto fuese a mayores. Apenas hay unos cuantos cristales rotos. Aunque no me he fijado bien, esos brutos debieron reventar además la cerradura, porque la puerta estaba abierta y no había nadie dentro, ellos aparte.

Mi padre pareció recobrar el color tras escuchar aquella última frase de boca del oficial: *No había nadie dentro*. Así pues, Nadine había conseguido ponerse a salvo. Pero el respiro duró un aplauso. Las siguientes palabras de Köpff supondrían, sin que ninguno de nosotros pudiese llegar a imaginarlo en ese instante, un brutal cambio en nuestras vidas.

—De cualquier modo, tendréis que acompañarnos a los cuarteles de *Prinz Albrecht Strasse*. Será un mero formalismo, pero han dado orden de detener a todo aquél que guarde alguna relación con los altercados.

—¿Altercados? —Papá volvió a situarse fuera de sí—. Mi negocio, el pan de mi familia, ha sido violado. ¿Y ahora quieres detenernos? No tenéis absolutamente nada por lo que acusarnos. No hace falta que me esposes, Friedrich, iré por propia voluntad y seré yo quien curse la pertinente reclamación, pero mi familia se queda en casa —sentenció, rojo de ira.

Köpff se tomó su tiempo antes de responder. A pesar de que su devastada cara era realmente escalofriante, la media mirada que ofrecía denotaba que apreciaba a mi padre.

—No hagas las cosas más difíciles de lo que son, Volker. Vais a venir todos conmigo, lo quieras o no.

—¡He dicho que mi familia no va a ninguna parte! —volvió a gritar papá—. ¡Soy capaz de llegar hasta Himmler, si hace falta!

Friedrich Köpff se quedó mirando a su amigo Volker Krauss con cara de estar perdiendo la paciencia. Su semblante transmitía ahora que no le gustaban los pulsos. Sacudió sus galones de *SS-Sturmbannführer* y señaló a uno de sus subalternos.

—Vuler. Ve a por el chico.

El tal Vuler, que resultó ser el más fornido de los allí presentes, avanzó y dio tal topetazo a mi padre que lo lanzó contra nosotras y los tres caímos al suelo, en una secuencia que, de no ser por el terror que me invadía, me habría resultado cómica. Aún estábamos con el trasero besando la tarima cuando salió con mi hermano cargado al hombro. Leni, lejos de gritar y patalear, parecía divertirse.

—¿Vas a entrar ahora en razón, Volker? —insistió el mayor Köpff, con una sonrisa tan triunfal como cargada de soberbia.

Después se volvió hacia sus hombres.

—¡Prendedlos!

Nos metieron en un furgón tan negro por dentro como por fuera y en pocos minutos estábamos ante las puertas del Cuartel General de *Prinz Albrecht Strasse*. Los escasos segundos que nos llevaron cruzar la acera fueron los únicos en los que pude tomar verdadera conciencia de la realidad que asomaba a mis ojos.

Berlín estaba en llamas y sus calles preñadas de violencia. A escasos pasos de nosotros, un par de oficiales de las *SS* parecían dar por finado a un rabino que yacía ensan-

grentado, mientras sus porras goteaban muerte sobre los adoquines. Otra media docena de furgones se presentaron en el lugar poco después que el nuestro y supuse que venían cargados de desdichados pasajeros. Aquello fue lo último que vi.

Ya en el interior, fuimos arrojados a una celda y fumigados como si fuésemos perros callejeros. Decenas como la nuestra se alineaban hasta el final de un interminable pasillo y de las que brotaban ruegos, lamentos y llamadas de socorro. De vez en cuando, el grito desgarrador de algún niño me abría el alma y sólo deseaba ser más grande y más fuerte para poder hacer frente a aquellos malnacidos que gobernaban el país.

Sentados en el suelo, uno en cada esquina y con las piernas encogidas, las puntas de nuestros pies se besaban. Era ya muy tarde y envidiaba a Leni, que había conseguido quedarse dormido en esa posición y en esas circunstancias. Mamá seguía sin articular palabra y había escondido la cabeza entre las faldas, rehuyendo la mirada a su amado Volker. Mi padre, por su parte, tenía la vista viajando más allá de la cancela, pero sus ojos y la ausencia de temblor en sus manos daban a entender que podía controlar la situación, al menos de momento.

Unas diez horas más tarde se escuchó manipular la cerradura y la puerta se abrió tras un irritante chirrido de bisagras necesitadas de una buena dosis de lubricante. Al instante, una luz cegadora se coló como un relámpago en el minúsculo cubículo en el que nos hacinábamos. Ni mi padre, ni mi madre, ni yo habíamos conseguido plegar las pestañas en toda la noche por culpa de los gritos provenientes de las celdas vecinas y de nuestra propia preocupación. Leni se despertó entonces, sobresaltado y con una desorientación patente.

—¿Dónde está mi pelota?

La pétrea figura del agente de la *Gestapo* que emergió tras la blindada extendió un velo de sombras sobre la celda. Con una voz tan grave como forzada, se dirigió a nosotros con una escueta palabra.

—Andando.

Lo seguimos por un amplio pasillo sin saber exactamente adónde. No llevábamos esposas ni escolta individualizada, pero no hacía falta. Tratar de escapar de allí me pareció tan utópico entonces como que un negro llegase a presidir los Estados Unidos de América algún día. Leni me tironeaba del brazo y continuaba a lo suyo.

—¿Dónde vamos, Lina? Quiero mi pelota.

—Cállate, Leni, y pórtate bien. Aquí no hay pelotas. Tú tan sólo haz lo que hagan papá y mamá y no pasará nada.

Mi hermano dibujó un mohín en su aceitunado semblante y se dio una corta carrera hasta agarrar la mano de mi padre, pero me hizo caso y mantuvo la boca cerrada.

Pasamos a una sala, tan enorme como un almacén, y en la que cientos de personas se agrupaban en interminables hileras. El silencio era sepulcral ante las amenazantes armas

de los guardias que se encontraban apostados en las paredes a lo largo y ancho de toda la estancia. Mi padre y yo desentonábamos entre todos los allí recluidos por nuestra piel blanca y nuestros rasgos arios, no así mamá y Leni, que hubiesen pasado desapercibidos mezclados entre aquella muchedumbre. Debían ser todos judíos.

Al final de cada columna de infortunados se encontraba el correspondiente oficial administrativo de la *Gestapo* martilleando de manera inmisericorde las teclas de una máquina de escribir. No tenía la completa seguridad de cuál era su cometido, pero supuse que se ocupaban de rellenar fichas con los datos personales de los presentes. Ilusa de mí, por un momento llegué a pensar que lo hacían para poder indemnizarnos posteriormente por los destrozos.

En pocos minutos, otros doce o quince detenidos se habían situado detrás de nosotros con la mirada perdida y los brazos caídos. Y aquello parecía no tener fin, pues seguían entrando con la molesta cadencia de un grifo que gotea.

Al cabo de un rato interminable, llegó nuestro turno. Mamá estaba al frente de nuestra familia, Leni era el siguiente y yo precedía a mi padre, que cerraba el cuarteto. El oficial administrativo se dirigió a mi madre, sin levantar la vista de su máquina. Parecía cumplir con su función como si se hallase robotizado. Una placa en su escritorio decía que se llamaba Manfred Neibühr.

—Nombre.

—Kelila, deletreado K-E-L-I-L-A.

El de la *Gestapo* levantó la vista y miró a mamá con cara de desprecio.

—¿Kelila? ¿Qué mierda de nombre es ése?

—Es hebreo —respondió mamá, muy digna, aguantando la falta de respeto del oficial—. Significa *Perfección*.

El nazi aguantó unos segundos el gesto serio, para estallar después en una carcajada tan sonora como cargada de crueldad. Los colegas que lo flanqueaban dejaron de teclear para mirarlo, pero siguieron a lo suyo pasados unos segundos.

—Eres una asquerosa rata judía, *Señora Perfección* —susurró Neibühr—. No lo olvides.

Mi madre estaba al borde del llanto. Leni se abrazó a mí, asustado, y yo me volví hacia papá. Su frente aparecía crispada, con las venas que la surcaban a punto de reventar, y sus ojos echaban chispas, pero se abstuvo de realizar movimiento alguno contra el administrativo. La escolta que nos rodeaba era realmente pavorosa.

—Apellido —continuó el agente de la *Gestapo*.

—Krauss.

—¡De soltera! —pidió Neibühr, en un tono tan alto que volvió a despertar el murmullo en la sala.

—Gershon. Kelila Gershon.

—¡He dicho el apellido! ¡No necesito que vuelvas a restregarme tu asqueroso nombre!

—Gershon —repitió mamá.

—Eso está mejor. Domicilio.

—*Unter den Linden, 158.*

Neibühr abandonó las teclas de nuevo y volvió a lanzar una mirada desafiante a mi madre. Ésta no se arredró ante el nuevo pulso, a pesar de que sus ojos temblaban presa de la indignación y el miedo. Papá la miró con orgullo.

—Vaya, así que vivimos en lo más granado de Berlín. No me extraña que todos los jóvenes y los desempleados de este país la hayan tomado con vosotros. Sois la peor escoria. Habéis arruinado Alemania con vuestras ansias de riqueza y vuestro egoísmo. Merecéis la peor de las suertes y ésta ha llegado, por ventura.

Entonces, se tomó una leve pausa que precedió a una bravata.

—¡Se llama Adolf Hitler, *mein führer!*

Mi madre continuó sin amilanarse. Conocía esa perorata nazi desde hacía años. El aparato propagandístico de Goebbels se había encargado de difundir todo tipo de infamias contra el pueblo judío, culpándolo de todos los males de Alemania. Pero había una cuestión sobre la que aquel malnacido que restregaba sus posaderas frente a una máquina de escribir tenía razón: el mensaje falaz del *NSDAP* había calado entre gran parte de la población y los judíos cada vez debían andarse con más cuidado. Una gran patraña que se había hecho grande día a día, mes a mes, a lo largo de los años, hasta el estallido final que estábamos sufriendo en nuestras propias carnes en esa infausta noche.

Terminado el interrogatorio a mamá, el oficial tomó un sello, lo mojó en tinta y lo estampó contra la ficha con un golpe seco. Guardó el papel en una bandeja al uso, sobre una pila de documentos iguales, y lanzó una mirada lujuriosa al culo de mi madre cuando ésta se retiraba. Era un tipo asqueroso.

—Siguiente —llamó.

Leni cumplió con el trámite sin tonterías y yo lo hice sin apartar los ojos del rostro de aquel cabrón. Muy a mi pesar, debí caerle en gracia. Al contrario de lo que había hecho con mi madre, conmigo trató de mostrarse simpático en todo momento. Nada más lejos de la realidad. El muy cobarde trataba de hacernos olvidar las palabras dedicadas a mamá ante el inminente turno de mi padre y su porte ario. Y es que papá era capaz de intimidar a cualquiera con su sola presencia.

—Nombre.

—Volker Krauss. *Unter den Linden, 158* —recitó mi padre de un tirón.



Leni y yo nos miramos y no pudimos evitar una sonrisa. Después, papá se inclinó para dirigirse a Neibühr en un tono sibilante. Ambas narices casi se tocaban.

—Vas a llamar ahora mismo a quien yo te diga, hijo de puta, y te vas a despedir de ese uniforme para siempre. No sabes con quién te la estás jugando.

El administrativo terminó de rellenar la ficha, tomó el sello y lo volvió a bañar en tinta. Luego, levantó la vista y se encontró frente a los ojos de *husky* siberiano propiedad de Volker Krauss. Parecía intimidado, como si fuese la primera vez que algo así le sucediese a manos de alguien que no fuera un superior.

—Bien, señor Krauss. Usted dirá a quién debo hacer llamar.

Mi padre se irguió y utilizó su tono de voz más solemne.

—Quiero hablar con el *SS-Sturmbannführer* Friedrich Köpff.

Neibühr se levantó de su silla y sonrió. Aquello no me gustó nada, y papá tampoco parecía ya tan seguro.

—Me temo que su salvoconducto ha expirado, señor Krauss —declaró el de la *Gestapo* con sorna—. El mayor Köpff partió hacia su nuevo destino esta misma mañana. Sus días en *Prinz Albrecht Strasse* han caducado —y añadió en un susurro—. Al igual que los suyos en *Unter den Linden*.

Levantó el brazo y estampó el cuño sobre la ficha. Después, la dejó suavemente sobre el escritorio y vuelta hacia los ojos de mi padre, que se puso lívido. El administrativo sonrió de manera lobuna, se giró hacia uno de los guardias que escoltaban la puerta de salida y le hizo un gesto para que se acercase. Éste llegó con paso templado.

—Agente Hoffmann. Acompañe a estos señores hasta su celda.

Luego nos miró a los cuatro, uno a uno, detenidamente. Su cara de odio parecía ir en aumento conforme nos atravesaba con los ojos, desde Leni hasta mi padre.

—¡Largo de aquí!

El tal Hoffmann nos guió de vuelta por el pasillo que ya conocíamos, en silencio, con el gesto imperturbable y el cañón de su *Luger* pegado a los riñones de mi padre. Sacó de su casaca un aro enorme, repleto de llaves, y abrió el mismo cubículo de dos por dos en el que habíamos pasado la noche.

—Adentro —fue todo lo que dijo.

Después, y tras dedicarnos una mirada soberbia, volvió a cerrar la cancela y escuchamos el sonido de sus tacones alejarse por el pasillo.

Y allí pasamos todo el día, hablando de cosas triviales que nos evadiesen de nuestra desdicha, jugando con Leni a piedra, papel o tijera... Y después la noche, la segunda consecutiva sin poder soldar las pestañas... hasta la fatídica mañana siguiente».

\*\*\*

Lina Krauss cesó en su relato y bajó la cabeza. Rebuscó en su vestido hasta encontrar un pañuelo y secó sus párpados humedecidos por la emoción que acababa de asaltarla. Simeón se dio cuenta de que a la mujer se le iba a hacer un mundo continuar.

—Será mejor que lo dejemos por hoy, ¿no le parece?

Lina asintió mientras guardaba el pañuelo. Su hermano Leni le pasó la mano por la espalda, frotándosela para tratar de animarla, y se levantó. Los demás le imitaron.

Deshicieron el camino hasta las puertas del *lager* y salieron al aparcamiento, en el que el *Rolls-Royce* de los Bérkowitz contrastaba con el modesto utilitario de los Krauss. Era el desvencijado *Volkswagen Golf* de comienzos de los ochenta junto al que habían aparcado al llegar.

—Nos ha encantado conocerles —reconoció Lina, ya más entera—. Volverán mañana, ¿verdad?

—Estamos ansiosos por saber más acerca de su drama —admitió Simeón—. Aunque suene mal decirlo.

Los hermanos Krauss sonrieron, pese a todo.

—Me queda una duda —intervino David.

—Usted dirá.

—Dijo que el rostro de su padre se contrajo cuando el oficial le ofreció la ficha puesta hacia él. ¿Qué decía el sello?

Lina volvió a perder la mirada entre los frondosos robledales que rodeaban Flossenbürg y lanzó un suspiro al viento. Después, casi susurró una única palabra.

—KZ-Sachsenhausen.

# ÍNDICE DE CAPÍTULOS

PRÓLOGO.....	19
1 LA SABANA NUNCA DUERME.....	23
2 UNA NOTICIA INESPERADA.....	28
3 CEREMONIA DE REENCUENTROS.....	38
4 LA FIESTA.....	59
5 LA NOCHE DE LOS CRISTALES ROTOS.....	75
6 DE VUELTA A LO SALVAJE.....	101
7 EL PUENTE HACIA EL INFIERNO.....	133
8 EL MISTERIO DE LA AUSENCIA.....	177
9 EL TREN DE LA IGNOMINIA.....	208
10 LA SEMILLA DE LA DUDA.....	231
11 EL HORROR DE LAS MUJERES.....	249
12 EL INSÓLITO PLAN DE ALEX.....	265
13 CONFIDENCIAS EN LA CANTERA.....	286
14 UNA SORPRESA DESAGRADABLE.....	298
15 TENSIÓN EN LOS ENCUENTROS.....	308
16 NERVIOS A FLOR DE PIEL.....	325
17 TORMENTA EN LOS BARRACONES.....	348
18 EN LA FRONTERA DE MOZAMBIQUE.....	361
19 ADI.....	384
20 UNA LLAMADA PARA LA ESPERANZA.....	405
21 EL TRISTE REGRESO DE LA PELOTA.....	420
22 HURGANDO TRAS LA MÁSCARA.....	436
23 ESTIGMAS PARA UNA EXISTENCIA.....	461
24 LLAMADAS A MEDIANOCHE.....	480
25 LA CARA OCULTA DEL PASADO.....	500
26 ATANDO CABOS.....	514
27 LA LUZ AL FINAL DEL TÚNEL.....	530
28 TERROR EN LA NOCHE AFRICANA.....	548
29 TRAS LA PISTA DEFINITIVA.....	567
30 EN LAS PROFUNDIDADES.....	600
EPÍLOGO.....	617